



RECEPCION

en la Secretaría de Relaciones Exteriores

EL 26 de Octubre, abrieron por primera vez sus salones, para recibir en ellos á los Señores Delegados á la 2.^a Conferencia Pan-Americana, el Señor Lic. Ignacio Mariscal, Ministro de Negocios Extranjeros, y su distinguida esposa.

La casa que hoy ocupa el Ministerio de Relaciones Exteriores, fué construída por el Ingeniero Don Ventura Alcérreca, después de haber estudiado muchos planos de palacios europeos. Esta casa era propiedad de Don Francisco Espinosa, ex-tesorero general de la Federación, quien desde un principio trató de deshacerse de ella, por creerla demasiado lujosa y no bien atendida para su posición oficial.

Con motivo de las reparaciones y modificaciones, que se emprendieron en el Palacio Nacional, dos de las Secretarías de Estado que se encontraban allí, mal instaladas, desocuparon los locales en que se hallaban, y fueron á ocupar casas más convenientes á su comodidad y respetabilidad. Esta fué la ocasión propicia para el Señor Espinosa, de deshacerse de su elegante palacio, vendiéndolo al Gobierno en trescientos y tantos mil pesos.

A esta casa vamos á conducir á aquellos de nuestros lectores que no pudieron estar en ella la noche del 26 de Octubre ya citado.

La fachada es de estilo serio, y cuadra muy bien con el palacio que hoy representa. Se encontraba iluminada á *giorno* la noche á que nos referimos, y el escudo de armas nacionales, lucía en todo su esplendor, iluminado por focos incandescentes de los colores de nuestro pabellón.

A la entrada, hay un patio cuadrangular, en cuyos ángulos se destacaban palmeras, flores tropicales y plantas exóticas de otros países.

Sin querernos ocupar de la planta baja, puesto que no tenemos por

qué describirla, diremos dos palabras de la escalera, que es un remedo ó fac-símile de una de las escaleras del petit Trianon. Los peldaños son de mármol de Carrara, y en dos descansos de fácil acceso, están colocadas estátuas de bronce, representando una de ellas á un joven con una serpiente enroscada en el brazo, que soporta una lámpara de luz incandescente, velada por una gran bombilla de cristal cuajaño. Más adelante, en el segundo descanso, está una cegadora que parece lanzarse sobre los que llegan, y se le ve en una mano la hoz y en la otra, sostiene un haz de trigo, lleno de focos incandescentes. Su desnudez no conturba, como les sucede, acaso, á muchos viajeros en las grandes galerías de escultura de Italia, con multitud de mujeres desnudas: la cegadora es una niña incipiente, que provoca una sonrisa y no un pensamiento malicioso.

Hay otras figuras en bronce, también de más ó menos valor artístico, que no creemos tener necesidad de describir.

Ancho tapete de terciopelo rojo, cubría el centro de esta escalera, por la que se deslizaron pequeños piecitos, calzados con zapatos de raso de diversos colores, que pertenecían á mujeres hermosas, ataviadas con profusa elegancia, y que, al soltar sus largas caudas sobre aquella escalera, dejaban oír ese fru-fru de la seda, que pone en tensión los nervios, cuando en las vueltas de un wals lo sentimos crugir cerca de nuestros oídos, como llevando hasta nosotros, recuerdos perdidos de otra edad, en que nos sentíamos mareados con los perfumes que se exhalan de esas faldas en movimiento.

Por mero espíritu de describir, diremos que en una de las piezas de la derecha del corredor, estaba el guarda-ropa, y en el salón de enfrente el *buffet*.

A la entrada de los salones principales, y en pie, se encontraban el Señor Ministro de Relaciones y su amable esposa, recibiendo á sus invitados, para los que tenían una frase oportuna y de talento al saludarlos, como les es habitual.

Los salones se parecían á todos aquellos en que impera el buen gusto, el arte, y la elegancia.

Describir estas cosas, es hacer cansada una narración, y contarle á todo el mundo lo que conoce á placer.

Espejos magníficos, en los que se reproducían gracias á las mil y mil luces incandescentes, las figuras de hermosas damas, de bellísimas señoritas ataviadas todas con lujosa elegancia, en la que entra la sobriedad y la buena elección de alhajas en las señoras, y la gracia de elección en las flores y en los colores de sus vestidos, de las señoritas.

Damos á continuación, una lista de las damas y de la señoritas, que fue en esa noche el mejor ornato de los salones de la calle de Patoni.

Sra. Duarte Pereira, señorita Dolores Duarte Pereira, señora de Jarrier, señora de Blest Gana, señora de Leger, señorita Bourke, señorita Carolina Elmore, señoritas Adelina, Rosa, Teresa y Blanca Alvarez Calderón, señora de Alvarez Calderón, señorita Katherine Brown, señora Pepper y señorita Norita Pepper, señorita Eva C. Foster, señoritas Sara y Luisa Williams, señora de Bello Codecido, señora de Castellot, señora de Casasús, señora Mariscal de Morán, señora de Santa María, señora Mariscal de Li-

mantour, señora de Reyes, señora de González Cosío, señora de Núñez, señora de Algara, señora de Galavis, señora de Fernández, señoritas Chavero, señoritas Sánchez Mármol, señoritas Martínez de Castro, señora y señorita Galesowski, señora de Ramos, familia Acho, señora de Pimentel, familia Prieto, señora de Esteva, señora de Pigout, señora Murphy, señora de Contreras, señora de Castañeda, familia Godoy, familia Portilla, familia Dublán, familia Reyes Retana, familia Rincón Gallardo, familia Landa, familia Trigueros, familia Peón, familia Domínguez, familia Avila, familia de la Garza, familia Pliego, familia Margain, familia Labastida, señora Osio de Landa, señora Dolores Camacho de Landa.

Hubo un *petit concert* de cuyos números hablaremos más adelante.

A decir verdad, este concierto no habría tenido razón de ser en Europa ó en los Estados Unidos, en donde esta clase de recepciones son frecuentes; siendo en la mayor partes de las capitales del mundo civilizado, en la estación del invierno, y solamente en Londres durante la *season*, por ser imposible allí que se efectúen en la época del invierno, porque todas las nobles familias y el cuerpo diplomático, abandonan Londres, para ir á buscar en otros lugares clima menos inclemente y huir de la niebla.

Esta clase de recepciones, son *en seco*, si se nos permite la frase vulgar, pero no por eso dejan de ser menos amenas. Los señores de la casa reciben á sus invitados, quienes permanecen un par de horas girando por los salones, conversando con sus amigos y conocidos; se allegan al *buffet* á tomar una ligera cosa, y abandonan la casa, después de presentar sus cumplimientos á los anfitriones; pero nosotros somos iba á decir latinos, pero diré la frase verdadera, mexicanos, y no nos conformamos con admirar la curva escultural de la frente de la señora X ó H.; los bellos ojos fulgurantes de la señorita N; la sonrisa provocativa de la señorita L.; gozar con la conversación original, salpicada de ironías deliciosas de la señora tal ó cual. Somos conversadores, amantes de todos esos mil matices, en que la crítica como pequeña serpiente escondida entre bellísimas flores, se va deslizado lentamente; pero esto lo hacemos en sabrosos *tête à tête*; pero cuando se trata de una recepción, somos avaros y al mismo tiempo que gozamos con los ojos, admirando mujeres bellas, hermosas, simpáticas y graciosas, queremos gozar con la música, y por esa razón en la reunión á que nos referimos, fué preciso un pequeño concierto compuesto de las siguientes piezas:

- 1.º a. Chant Hindou, Bemberg; b. En réve, Campa, Sr. Luis Godard.
- 2.º Noces de Fígaro (Aria), Mozart; Sra. Virginia Galván de Nava.—3.º Aires Bohemios, Sarasate; Sr. Luis G. Saloma.—4.º a. Quandr cadrán le foglie, Tosti. b. Andrea Chenier (Monólogo), Giordano; Sr. Gustavo Martínez.—5.º Mefistofele (Aria), Boito; Sr. Lic. José B. Nava.—6.º Dinorah (Aria), Meyerbeer; Sra. Virginia Galván de Nava.

Conocida como es de nuestro público, la Señora Virginia Galván de Nava, comprenderán nuestros lectores que ella fué la que se llevó todos los sufragios, y la que fué aplaudida con verdadero entusiasmo. La Señora Galván, canta, no grita, esto lo decimos, como un ligero apunte para aquellos que no han tenido la fortuna de escucharla. No es de aquellas cantantes que hacen consistir toda su fuerza en las notas altas, nó, ella tiene sus me-

jores recursos artísticos, en el registro medio: las notas salen de sus labios, claras, bien articulada la frase, tierna y melodiosa.

El Señor Godard cantó bastante bien, y el Señor Nava discretamente como dicen los italianos.

Seríamos injustos si no tuviéramos un elogio, y bien caloroso, para el violín del Señor Saloma.

Cerca de las nueve de la noche, la animación que se notaba en los salones, pasillos y comedores, era verdaderamente digna de aquella fiesta. El Señor y la Señora Mariscal, parecían tener el don de la duplicidad, pues en todas partes se les veía, y siempre teniendo en los labios, una frase de halago y de cultura para sus invitados.

Por más que parezca una nota especial para los *gourmés*, creemos de nuestro deber, decir lo que oímos de boca en boca á los invitados, esto es, que las provisiones que constituían el menú, eran exquisitas y que los vinos y el champagne eran de lo mejor, por lo cual los concurrentes hicieron los honores á tan delicados manjares y vinos, con todo gusto y saboreandolos.

Hablar de las *toiletts* de las Señoras, citando á unas cuantas y no á todas, resulta un egoísmo que no es fácil que le perdonen á uno las damas, y mencionar á todas las Señoras y Señoritas que concurrieron á la fiesta, sería imposible. Así pues, diremos sin lisonja y sin exageración, que todas iban irreprochablemente vestidas, y que sus joyas y brillantes, sintilaban con las luces incandescentes, removiendo acaso en el corazón de los avaros, el deseo de poseer tanto tesoro, mientras que, en los hombres y especialmente en los jóvenes, solamente brillaba para ellos, muy más que los brillantes, los bellos ojos de tantas seductoras Señoras y Señoritas.

La media noche se acercaba lentamente, cuando toda aquella elegante concurrencia, comenzó á abandonar salones, pasillos y corredores, para ocnpar sus carruajes y dirigirse á sus moradas, llevando gratisima y honda impresión de una fiesta tan exquisita y tan pasajera.

Y así deben de ser en verdad, todas las fiestas en que somos dichosos sin que nos asalte el aburrimiento y el cansancio: brillantes, gratas, fantásticas y veloces como el relámpago; así es como se conservan vivas y de pie en la imaginación y en algunos repliegues del espíritu.

La vida humana es así: una esperanza, un recuerdo, un punto.

